



Voss



PATRICK WHITE

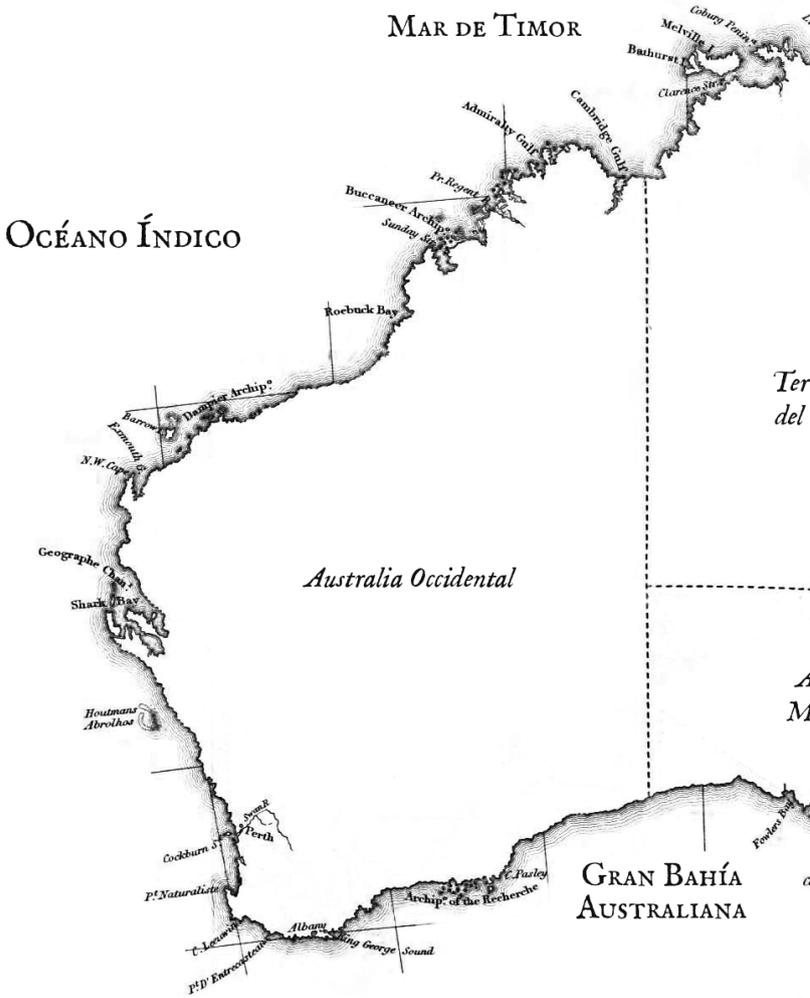
*Traducción del inglés a cargo de
Raquel Vicedo*



IMPEDIMENTA



*Para Marie d'Estournelles
de Constant*

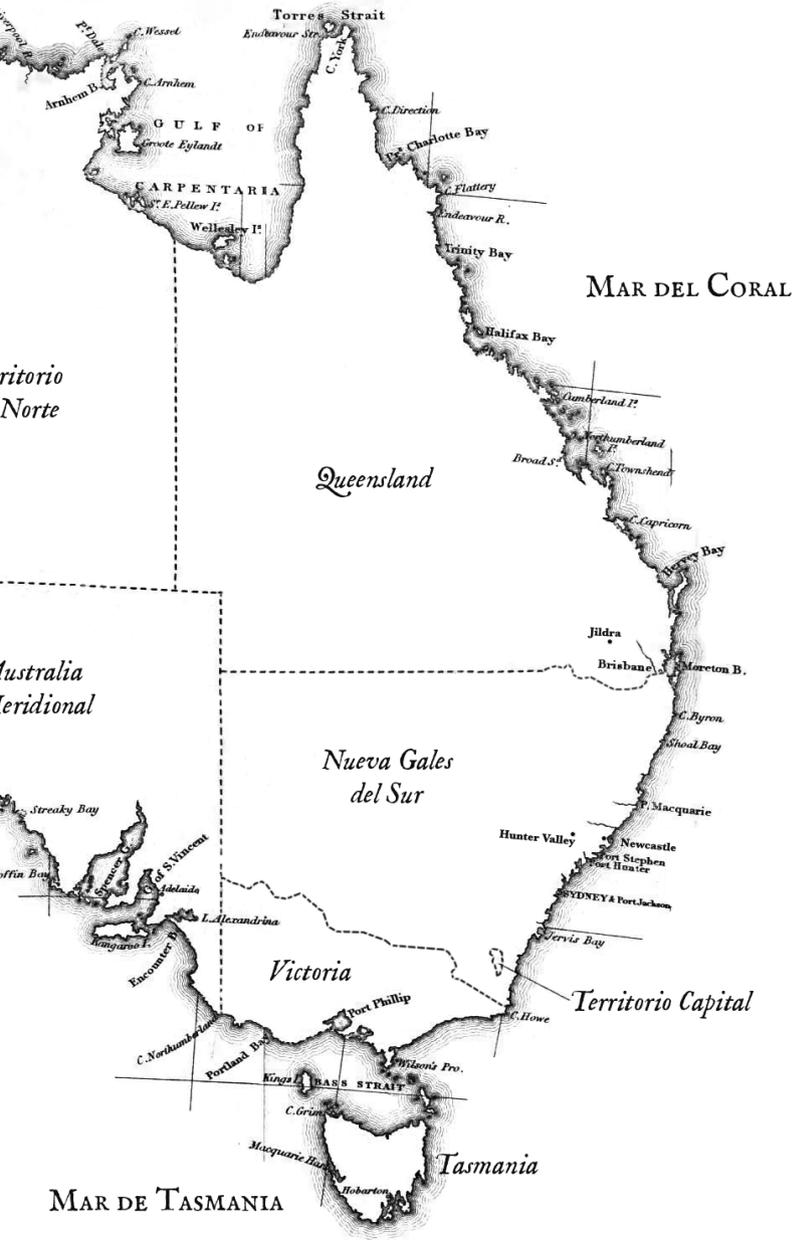


AUSTRALIA

Pub. for the Journal of the Royal Geographical Society,
by John Murray, Albemarle St. London 1838.



MAR DE ARAFURA



MAR DEL CORAL

Queensland

Nueva Gales del Sur

Victoria

Tasmania

MAR DE TASMANIA

Territorio Norte

Australia Meridional

Territorio Capital

Voss

I

—Señorita, ha llegado un hombre que pregunta por su tío —dijo Rose, respirando agitadamente.

—¿Un hombre? —preguntó la joven, ocupada en un complejo bordado. En aquel momento lo estaba estudiando con más detenimiento, acercando el pequeño bastidor a la luz—. ¿No será más bien un caballero?

—No sé —dijo la criada—. Parece un extranjero.

Aquella mujer se había vuelto una verdadera molestia. Sus grandes pechos se bamboleaban con torpeza cada vez que hablaba y, cuando estaba parada, el peso de sus silencios intimidaba a los desconocidos. Si los más sensibles entre aquellos a los que servía o a los que se dirigía no la miraban a los ojos, era porque la actitud de Rose parecía apelar a su conciencia; o tal vez porque, sencillamente, su labio leporino los abochornaba.

—¿Un extranjero? —dijo su joven señora, y su vestido de domingo suspiró—. Solo puede tratarse del alemán.

Ahora debía dar alguna orden. Siempre acababa cumpliendo su deber con autoridad y distinción, pero al principio dudaba. Rara vez salía de sí misma por voluntad propia, pues nunca se sentía más feliz que cuando se encerraba en sus pensamientos, y tenía una naturaleza tan inescrutable que pocas personas eran capaces de adivinar lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Qué hago entonces con el caballero alemán? —preguntó el labio leporino, temblando como un flan.

Sin embargo, la impecable joven no se percató de aquel detalle. Había sido educada con sumo cuidado y, en cualquier caso, prefería rehuir la expresión de ansia que había aflorado a los ojos de la criada. Frunció el ceño aparentando formalidad.

—Mi tío aún tardará por lo menos una hora en llegar —dijo—. Dudo mucho que haya empezado siquiera el sermón.

Era exasperante que hombres desconocidos y extranjeros se presentaran en su casa en domingo, justo cuando ella tenía jaqueca.

—Puedo hacer pasar al caballero al estudio de su tío. Nadie entra nunca allí —dijo la criada—. Aunque puede que le eche el guante a algo; nunca se sabe.

El rostro plano de aquella rechoncha mujer denotaba que estaba familiarizada con todo tipo de actos deshonestos, y también que, desde que se convirtiera en esclava de la virtud, dichos comportamientos le resultaban ajenos.

—No, Rose —dijo por fin la joven, su señora, con tanta decisión que la puntera de su zapato chocó contra sus enaguas, haciendo que estas se frotaran entre sí y que la rígida falda, de un azul intenso y brillante, añadiera varias sílabas a su respuesta—. Sería descortés no atender al caballero. Hazlo pasar aquí.

—Si lo cree usted conveniente... —se atrevió a responder la solícita criada.

La joven, que por lo general era extremadamente cuidadosa con su labor de costura, se dio cuenta de que había dado unas puntadas de más. ¡Vaya por Dios!

—Y, Rose —añadió, asumiendo plenamente su papel de señora—, cuando haya pasado un tiempo prudencial, ni mucho ni poco, trae el oportuno y unas galletas de las que hizo ayer mi tía; están sobre la repisa. No el mejor oportuno, sino el otro. Dicen que es bastante bueno. Pero, Rose, asegúrate de que no tardas demasiado, o si no lo servirás cuando mis tíos estén al llegar y ya habrá demasiado alboroto.

—Sí, señorita. ¿Usted tomará también un vasito? —preguntó Rose, sin que fuera de su incumbencia.

—Trae también uno para mí, sí —dijo la joven—. Probaré una galleta, aunque todavía no sé si acompañaré al caballero con el vino.

Las faldas de la criada se pusieron en movimiento. Llevaba un vestido marrón que le sentaba a las mil maravillas a su cuerpo rechoncho.

—Ah, y, Rose —añadió la joven—; no olvides anunciar al señor Voss cuando lo hagas pasar.

—¿El señor Voss? ¿Así se llama el caballero?

—Sí, si se trata del alemán —replicó la dama, que ya volvía a estar absorta en su bordado.

La habitación era bastante amplia y oscura, debido al mobiliario de madera vieja que tendía a ahuyentar la luz, aunque el leve resplandor que se colaba por entre los postigos medio cerrados se multiplicaba aquí y allá, gracias a la superficie de un espejo alargado, un taburete de capitoné o algún objeto de cristal tallado. Estaban en uno de los primeros días de bochorno de la primavera y, mientras esperaba, la joven se enjugó el labio superior con un pañuelo. Su vestido, de ese azul tan intenso, casi no se distinguía salvo por el halo de vapor que lo rodeaba, el contraste de los pulcros puños con sus muñecas y el cuello de la prenda, que dejaba a la vista su hermosa garganta. El rostro de la joven, según decían, era alargado. Si era o no hermosa resultaba difícil decirlo a primera vista, aunque debería serlo, y tal vez lo fuera.

La joven, que respondía al nombre de Laura Trevelyan, sintió una oleada de calor cuando aguzó el oído para distinguir si se acercaban pasos. No obstante, fingió no estar escuchando, como también fingió no estar nerviosa. Laura Trevelyan siempre fingía.

De hecho, el tormento o gozo más profundo era, siempre, el más privado. Tan privado como su reciente decisión de no seguir creyendo en Dios, por mucho que sus sucesivas institutrices y su bondadosa tía la hubieran educado fervorosamente en su benevolencia y poder. El origen de su apostasía era incierto, a menos que se tratara del resultado de alguna oscura intuición, puesto que no hablaba con nadie que no fuera ignorante, inocente y amable. Y, aun así, se había convertido en lo que, sospechaba, podría denominarse una racionalista. Si fuera menos orgullosa, estaría asustada. Por supuesto, había pasado varias noches sin dormir antes de tomar aquella decisión que llevaba, ahora se daba

cuenta, varios años fraguándose. Ya siendo una niña se había mostrado mansamente escéptica, puede que por aburrimiento; la imprecisión de la fe la asfixiaba. Creía, no obstante, en la madera, en sus reflejos, y en la clara luz del día, en el agua. Incluso ahora era capaz de trabajar sin descanso en un problema matemático solo por diversión, para resolverlo y, simplemente, saber. Había leído cuantos libros habían caído en sus manos en aquella remota colonia, hasta que su intelecto pareció saciarse. En consecuencia, no sentía la necesidad de reconocerse fuera de sí misma, salvo en su propio reflejo, como en aquel momento, en el espejo empañado de aquella enorme y oscura habitación. Y, aun así, a pesar de su admirable autosuficiencia, si se le hubiera presentado la ocasión, le habría agradado compartir su realidad con alguna mente afín. Pero no había encontrado pruebas de la existencia de aquella afinidad intelectual en su pequeño círculo de amistades, y desde luego tampoco en su familia: ni en su tío, un comerciante de gran corazón, pero un hombre, al fin y al cabo; ni en su tía Emmy, que se había encargado de limar todas las asperezas de su vida para que le resultara lo más cómoda posible; ni en su prima Belle, con la que compartía algunos de sus secretos, pero solo los más intrascendentes y divertidos, puesto que la muchacha todavía era muy joven. Así que, en realidad, no tenía a nadie y, en ausencia de un equipo de rescate, debía ser fuerte.

Absorta en las profundidades del espejo y en su propio dilema, Laura Trevelyan se olvidó por un breve instante del visitante de su tío; por eso se sintió desconcertada cuando Rose Portion, la criada expresidaria, entró en la habitación y dijo:

—Señorita, el señor Voss.

Y después cerró la puerta tras de sí.

En ocasiones, cuando la dejaban a merced de los desconocidos, la circunspecta joven sentía un nudo en la garganta. Como le faltaba el aire, temía que las palabras salieran de sus labios a trompicones, sorprendiendo, si no asustando, a su interlocutor. Pero, en realidad, aquello nunca ocurría. Los desconocidos la tomaban por una joven estable; a veces, incluso severa.

—Debe usted dispensar a mi tío —dijo Laura Trevelyan—. Todavía no ha vuelto de la iglesia.

Su falda se desplazó por la alfombra al arrullo de las enaguas, y la joven le ofreció al hombre su mano fría; él no tuvo más remedio que tomarla, cosa que hizo con vigor, casi con brusquedad.

—Volveré más tarde. Tal vez dentro de una hora —dijo con un fuerte acento. Era un hombre delgado, y el mobiliario lo ponía nervioso.

—No tardará tanto —respondió la joven—. Y sé que mi tía querría que se sintiera usted cómodo mientras espera.

Era la reina de las banalidades.

El alemán, nervioso, frotaba el bolsillo de su chaqueta con una mano, haciendo un ruido áspero, ronco.

—Gracias —masculló a regañadientes con su acento marcado y torpe.

La joven no pudo evitar sonreír, tal y como hacen los seres superiores y condescendientes.

—Y tras haber viajado con este calor —dijo ella con la misma serenidad—, querrá usted descansar. ¡Su caballo! Haré que el mozo se encargue de él.

—He venido a pie —respondió el alemán, visiblemente incómodo.

—¡Desde Sídney! —exclamó ella.

—Son cuatro kilómetros, a lo sumo; puede que cuatro y un cuarto.

—Pero muy aburridos.

—Aquí me siento como en casa —dijo él—. El paisaje es similar al de las partes más pobres de Alemania. Amarillento. Me recuerda al margraviato de Brandeburgo.

—Nunca he estado en Alemania —repuso la joven con decisión—. Pero encuentro el camino a Sídney muy aburrido, incluso en carruaje.

—¿Sale usted de la ciudad a menudo? —preguntó Voss, que había recobrado cierto aplomo.

—La verdad es que no. No muy a menudo —dijo Laura Trevelyan—. A veces cogemos el coche y nos vamos de pícnic; o, si no, salimos a montar a caballo, o pasamos unos días en la finca de unos amigos. Una semana en el campo nos sienta bien a todos, pero siempre me alegro de volver a casa.

—Es una lástima que salga usted tan poco —dijo el alemán—. Este país está lleno de matices.

La estaba acusando abiertamente de ser superficial, algo que ella misma ya sospechaba. A veces, se oía a sí misma repitiéndoselo. También tenía miedo del país que, a falta de otro, suponía suyo. Pero nunca lo admitiría, igual que nunca confesaría determinados sueños que solía tener.

—Sí, ya lo sé, soy una ignorante —dijo riéndose Laura Trevelyan—. Todas las mujeres lo somos, y los hombres siempre se encargan de hacérselo notar.

Le estaba dando una oportunidad.

Pero el alemán no la aprovechó. A diferencia de otros hombres, como los oficiales ingleses a los que destinaban allí o los jóvenes y jugueteros terratenientes que llegaban del campo con el único propósito de encontrar esposa, Voss no se sentía obligado a reírle las ocurrencias a una dama. O quizá, sencillamente, su comentario no hubiera tenido gracia.

Laura Trevelyan lamentó que el alemán llevara aquella barba tan descuidada, pero tuvo que reconocer que tenía un bonito color negro y era más bien espesa.

—No siempre entiendo lo que me dicen —dijo—. Al menos no todo.

El extranjero estaba cansado o molesto por algo que había ocurrido, por alguna frase quizá, o tal vez solo por la habitación, que no mostraba piedad ante los desconocidos; se encontraban en una de las habitaciones más ricas e implacables de la casa, aunque nunca se había pretendido que fuera así.

—¿Hace mucho que llegó a la Colonia? —preguntó Laura Trevelyan, con un tono de voz uniforme.

—Dos años y cuatro meses —respondió Voss.

Ella se había sentado, y él había hecho lo propio. Tenían posturas casi idénticas, inmóviles en sillas muy parecidas, a uno y otro lado de la enorme ventana. Podría decirse que estaban *cómodos*; solo la tela del traje del caballero, que marcaba sus huesudas rodillas, parecía tensa. La joven se percató de que los talones de Voss habían destrozado los bajos de sus pantalones.

—Yo, en cambio, llevo aquí tanto tiempo —dijo ella, distraída— que ya he dejado de contar los años. Por no hablar de los meses.

—¿No nació usted aquí, señorita Bonner? —preguntó el alemán, que empezaba a sentirse más a gusto.

—Trevelyan —dijo ella—. Mi madre era la hermana de la señora Bonner.

—¡Ah! —exclamó él—. La sobrina.

Y separó sus huesudas manos, porque ahora la sobrina también era, en cierto modo, extranjera.

—Mis padres murieron. Yo nací en Inglaterra. Vine aquí cuando... —tosió—, bueno, era tan pequeña que ni lo recuerdo. Es decir, recuerdo algunas cosas, claro está, pero solo cosas de niños, asuntos sin importancia.

Esta muestra de debilidad por parte de la joven le devolvió al hombre la confianza en sí mismo, y este se arrellanó en su butaca.

Entonces la luz penetró en la habitación, así como el arrullo de las palomas y el íntimo zumbido de los insectos. Y también la rechoncha criada, que traía consigo una bandeja con vino y galletas; aquel sonido, la agitada respiración de una tercera persona, los distrajo antes de que el vino tembloroso se apaciguara dentro del decantador, convirtiéndose en una firme y plácida joya.

El orden siempre prevalece.

Ni siquiera la presencia de aquel andrajoso desconocido, con sus pómulos marcados y sus nudillos protuberantes, podía alterar la aparente tranquilidad del momento; aunque, por supuesto, la joven sabía que siempre es así los domingos por la mañana, cuando todos están en la iglesia. Por consiguiente, aquel no era más que un consuelo pasajero. Las voces, incluso aunque solo se tratara de murmullos, irrumpirían en cualquier instante. Ella ya estaba empezando a desintegrarse en las voces del pasado: en la voz débil y gris de su madre, que nunca había conseguido asociar a un cuerpo. Se va, decían las amables voces que cierran párpados y organizan el futuro. Se va, pero ¿adónde? Hacía frío en las escaleras, aquellas escaleras enceradas que bajaban, bajaban, relucientes, hasta la puerta, y que desembocaban en la mañana y en los escalones que Kate había fregado con arenisca. Pobre, pobre niña. Buscó calor en la compasión, en otras voces, en otros besos; algunos de ellos, de los que dejan babas. Con frecuencia, el capitán la enfundaba en su gabán,

de modo que ella casi se volvía parte de él —¿aquel ruido era su corazón o solo la digestión?—, mientras iba dando órdenes y contándole cuentos entremedias; el olor a hombre y a sal lo impregnaba todo. La niña se enamoraba de la inmensidad de las estrellas, o del calor de su tosco abrigo, o del sueño. Del modo en que se mecía el aparejo y de las estrellas aterciopeladas. Dormirse y despertarse, abrir y cerrar, soles y lunas, así funcionaba. Pobrecita mía, soy tu tía Emmy y este es tu nuevo hogar, en Nueva Gales del Sur, Laura, confío en que serás feliz en esta habitación, hemos escogido cortinas de tela fina para que entre más luz, dijo la agradable voz, que bajo la capota olía a un delicioso jabón de clavel. Por un momento, parecía posible que las cosas perduraran.

—Le ruego que me disculpe —dijo Laura Trevelyan, inclinándose hacia delante para girar el tapón que remataba el largo cuello de la licorera. El cristal rechinó; o tal vez fueran las palabras—. Casi me olvido de ofrecerle un poco de vino.

El visitante se removió en su silla en un gesto de protesta, como si debiera rechazar lo que habría querido aceptar, y dijo:

—*Danke*. No. Un poco, tal vez. Sí, medio vaso.

Y se echó hacia delante para coger el vaso lleno y resplandeciente, del que se derramó una gota, algo en lo que la señorita Trevelyan, por supuesto, no reparó.

De repente, Voss sintió un nudo en la garganta, fruto del vino y la distancia, pues era un hombre bastante dado a la melancolía en los momentos de mayor placer; a veces, incluso había provocado algunas peleas solo para limitarse a mirar. El pasado empezó a hincharse formando burbujas distorsionadas, como las ventanas del almacén en el que su padre, un hombre viejo, daba órdenes a aprendices y oficinistas, y donde el dulce aroma de la madera clara evocaba seguridad y virtud. Nada podría ser más seguro que aquella ciudad de tejados a dos aguas, de la que él solía escaparse lloviera o tronara, incluso de noche, para recorrer los brezales casi a la carrera, sintiendo los pulmones a punto de estallar, mientras los árboles deformes, los árboles bajos combados por el viento, trataban de agarrarse a su ropa, casi siempre bajo una delgada luna, y otras trampas, en forma de ciénagas inesperadas, arrancaban

ruidos siniestros de sus botas. Durante el *Semester*, sin embargo, siempre era un dechado de virtudes, tal y como correspondía al cirujano que todos esperaban que llegaría a ser, hasta que los cuerpos palpitantes de los hombres empezaron a provocarle arcadas. Entonces decidieron que se convertiría en un gran botánico. Estudió sin descanso, y quedó particularmente fascinado por una especie de lirios que engullía moscas, por el modo elegante y pulcro con el que ponía fin a aquellos detestables insectos. Entre los pocos amigos que tenía, esa obsesión se convirtió en motivo de burla. Al principio le molestó, pero decidió mirarlo por el lado bueno; ser un incomprendido puede llegar a resultar deseable. Por ejemplo, con ciertos libros. Cuando interrumpía la lectura, se quedaba sentado en el silencio de su habitación cuadrada y se dedicaba a morderse las uñas a la luz de una vela. A aquellas horas, el mundo, blanco y calmo, solía ser casi tan manejable como un pañuelo recién planchado. Por fin comprendió que tendría que hacerle frente al viejo, su padre. Se vio obligado a ser violento en defensa propia. Y su madre lloraba junto al hogar, que habían alicatado con unas baldosas verdes decoradas con leones en relieve. Entonces, una vez que se vio libre de los sermones de sus padres y que le prepararon unos pocos paquetes para el viaje, no como regalos, sino como reproches, y una vez que los verdes bosques de Alemania empezaron a quedar atrás y las doradas planicies se desplegaron ante él, se preguntó sobre el propósito y naturaleza de esa libertad. Los árboles que flanqueaban los caminos eran tan pulcros. Ahora que había llegado a las antípodas del mundo y sus botas se hundían en la misma tierra arenosa y estéril a la que solía escapar a través del *Heide*,¹ seguía preguntándose al respecto. Pero el propósito y la naturaleza nunca se revelan con claridad. La conducta humana no consiste en más que una serie de embestidas cuya dirección es inevitable, cosa que solo a veces advertimos.

Llegado a este punto, Voss hizo un gesto cortés que había aprendido en algún sitio, se aclaró la garganta y le dijo, muy serio, a la señorita Trevelyan:

—A su salud.

1. «Brezal», en alemán en el original. (*Todas las notas son de la traductora.*)

Entonces ella, con un gesto mohíno, casi de amargo placer, volvió a poner el tapón sobre el cuello de la licorera y, por mera educación, brindó a la salud de él y tomó un sorbo del reluciente vino.

Se acordó de su tía y se rio.

—Según mi tía —dijo—, todo lo que *debería* hacerse, *debe* hacerse. Pero, aun así, no aprueba que las jóvenes beban vino.

Él no comprendió sus palabras. Pero reparó en que era hermosa.

Ella sabía que era hermosa, pero de un modo efímero, bajo una luz determinada, en determinados momentos; en otros, su rostro resultaba más bien alargado y su gesto, severo.

—Se está bien aquí —dijo Voss finalmente, girándose en su silla con la soltura que proporciona el vino, mirando a su alrededor y fuera, a través de los postigos entornados, donde las hojas jugueteaban, y también los pájaros y la luz, para volver enseguida a la habitación en la que se encontraban.

Mucho de lo que había allí dentro era innecesario. Mientras contemplaba el cuello de la joven, pensó que no necesitaba de mujeres hermosas. Visualizó su habitación y a sí mismo tendido en la cama de hierro. En ocasiones, mientras descansaba con los pálidos párpados cerrados, lo invadía una sensación de belleza casi insoportable, pero la experiencia nunca llegaba a cristalizar en imágenes objetivas. No obstante, no lo lamentaba, puesto que le estaba reservado un destino muy particular. Le bastaba consigo mismo.

—Debería usted ver el jardín —le decía la señorita Trevelyan—. Mi tío ha hecho de él su pasatiempo favorito. Dudo mucho que incluso en los Jardines Botánicos haya una colección de plantas como esta.

Llegarán, sí, pensó Laura, pero todavía tardarán un rato. Dios, ya estaba harta de aquel hombre tan reservado.

La joven empezó a girar el tobillo. La luz jugueteaba irónicamente sobre su vestido de seda. Su estrecha cintura era perfecta. Aun así, le molestaba su propia actitud y le gustaba pensar que se la habían impuesto. La culpa es suya, se dijo, es de esos que se creen superiores, aunque inspira lástima con esos pantalones tan sucios y deshilachados. Y así, para distraerse, se puso a construir frases, entre amables y frías, con las que respondería a una propuesta de matrimonio del alemán. Laura Trevelyan

había recibido dos proposiciones: una, de un comerciante, antes de que partiera rumbo a Inglaterra; la otra, de un ganadero de cierto renombre. Bueno, para ser precisos, *casi* las había recibido, pues ninguno de los dos caballeros se había atrevido a dar el paso. Desde entonces, trataba con desdén a los hombres, y su tía Emmy temía que fuera demasiado fría.

Justo entonces llegaron hasta ellos un penetrante olor a caballo y el leve crujido de la grava y el cuero, seguidos de las voces distantes y molestas de unas personas que entrarían en escena en cualquier momento.

—Ahí están —dijo Laura Trevelyan, levantando la mano.

En ese momento estaba realmente hermosa.

—*Ach* —protestó Voss—. *Wirklich?*

Volvía a sentirse intranquilo.

—¿Y usted no va a la iglesia? —preguntó.

—Me dolía un poco la cabeza —respondió ella, estudiando las migajas de una galleta que había estado mordisqueado por deferencia hacia su invitado, y que se le habían quedado adheridas a la falda.

¿Por qué le había hecho esa pregunta? Aquel hombre escuálido le desagradaba profundamente.

Pero los demás ya habían irrumpido en la estancia y volvían a tomar posesión de la vivienda. Las sólidas casas de piedra como aquella, que parecen invitar a la contemplación, por las que los pensamientos se cuelan con la facilidad de las sombras y en las que, aun así, el silencio adopta una forma escultural, responden de manera sorprendente, e incluso cruel, a la llamada de sus propietarios, poniendo de manifiesto que sus habitaciones nunca han pertenecido a los soñadores, sino a los hijos de la luz, que entran y abren los postigos de par en par.

—El señor Voss, ¿verdad? Tenía mucho interés en conocerlo.

Había hablado la tía Emmy, ataviada con una pelliza gris bastante bonita que había llegado con el último envío.

—Voss, ¿eh? Por fin —dijo el tío, mientras hacía tintinear las llaves y las monedas que llevaba en el bolsillo—. Ya lo habíamos dado por perdido.

—¡Voss! Bueno, ¡menuda sorpresa! ¿Cuándo ha vuelto a la ciudad, granuja? —preguntó el teniente Radclyffe, que para Belle Bonner era simplemente «Tom».

Debido a su juventud, aún no habían animado a Belle a participar en las conversaciones que se mantenían en presencia de los desconocidos, aunque sí se le permitía esbozar una sonrisa cándida y bonita, cosa que hizo.

Como acababan de llegar, todos estaban aún tratando de recuperar el aliento; las mujeres se desanudaban las cintas de las capotas mientras buscaban su reflejo en el espejo; los hombres hacían bromas que solo los caballeros influyentes, zalameros o corrientes podrían apreciar.

Y Voss parecía una especie de espantapájaros.

Laura Trevelyan reparó en que se movía con suma torpeza. Pero no podía ayudarlo. Ella se había retirado. Nadie podía ayudarlo.

—Por desgracia, he llegado con demasiada antelación —empezó el alemán, hablando atropelladamente—, sin tener en cuenta sus costumbres dominicales, señor Bonner, y me temo que durante los últimos tres cuartos de hora me he dedicado a agotar la paciencia de la pobre señorita Trevelyan, que ha tenido la amabilidad de entretenerme.

—Estoy segura de que para Laura ha sido un placer —dijo la tía Emmy, frunciendo el ceño, y besó a su sobrina en la frente—. Laura, pobrecita mía, ¿qué tal tu dolor de cabeza?

Pero la joven borró de un manotazo todas las preguntas y se apartó a un lado, con la esperanza de que se olvidasen de ella.

Los pensamientos de la tía Emmy nadaban muy cerca de la superficie, motivo por el que casi siempre resultaba fácil adivinarlos. En ese momento era evidente que la lástima que sentía por aquel hombre que había nacido en el extranjero era menor que la preocupación por que su sobrina hubiera cometido la imprudencia de ofrecerle, quizá, el mejor oporto de la casa.

Así que la señora Bonner sintió la imperiosa necesidad de retirar la bandeja, a pesar de que las licoreras se llevarían el secreto a la tumba.

—Ahora que por fin ha venido, Voss —dijo su marido, que seguía haciendo tintinear las monedas por miedo a descubrir que no era sino un aprendiz del pasado—, ahora que por fin está aquí, podremos hablar sobre todos los detalles. Huelga decir que le proporcionaré todas las mercancías con las que comercio, aunque también estaré encantado de aconsejarle en lo que respecta a la adquisición de otros productos,

viveres, por ejemplo. Voss, no frecuente usted más establecimientos que los que yo le recomiende. No quiero sugerir que en nuestro gremio la falta de honestidad sea habitual; pero comprenderá usted que los negocios son peliagudos. En fin, ya me he puesto en contacto con los propietarios de un buque que puede llevarlos, al menos, hasta Newcastle. Sí. Como ve, su bienestar me preocupa sobremanera. Sin duda, usted mismo ya habrá considerado muchas de estas cuestiones, aunque no haya estimado oportuno ponerme al corriente. Por cierto, el viernes pasado recibí una carta del señor Sanderson, que será su anfitrión durante la primera etapa de su viaje. ¡Oh! Aún quedan muchas cosas que preparar. Será mejor que nos separemos de las damas —dijo el pañero, al tiempo que se aclaraba ruidosamente la garganta— para poder hablar con calma.

Pero ese momento no había llegado aún. Ninguno de los dos deseaba someterse al despiadado juicio del otro. Ambos tenían los ojos azules, pero de un azul muy diferente. Voss, con frecuencia, parecía perderse en los suyos, como los pájaros se pierden en el cielo. Pero el señor Bonner nunca apartaba la mirada de lo que le era familiar. Tenía los pies en la tierra.

—Debo decir que me alegra volver a verlo, amigo Voss —dijo el teniente Radclyffe, sin dar ninguna muestra de esa alegría.

Él también tenía los ojos azules, pero la suya era una belleza más bien rudimentaria. Con el paso del tiempo, su cuerpo acabaría pareciéndose al del hombre que iba a convertirse en su suegro, y tal vez esa fuera la razón por la que Belle amaba a su Tom.

—¿Dónde ha estado? —preguntó el teniente, dedicándole toda su atención a aquella insignificante visita—. ¿Perdido en el interior? —No esperaba obtener ninguna respuesta, ni estaba interesado en escucharla—. ¿Ha vuelto con el pobre Topp? He oído que ahora solo tiene ojos para cierta jovencita que está aprendiendo a tocar la flauta.

—Un instrumento peculiar, y no muy adecuado para una joven —se vio obligada a añadir la señora Bonner—. Si una desea variar (y hay quienes detestan el piano), siempre le queda el arpa.

—En efecto, vuelvo a alojarme en casa del pobre Topp —dijo Voss, que a esas alturas ya se sentía aturdido por la compañía de tanta

gente—. No me perdí, aunque sí he estado en el interior; al menos, en la región más poblada. He viajado hace poco a la costa norte del territorio, donde he recogido especímenes muy interesantes de ciertas plantas e insectos, y a Moreton Bay, donde he pasado unas cuantas semanas con los hermanos moravos.

Mientras hablaba, Voss se mantuvo firme. Bueno, en honor a la verdad, en algún momento había perdido un poco el equilibrio, pero el pelo de la alfombra ocultaba los bajos raídos de sus pantalones. La sed, la fiebre y el agotamiento físico son mucho menos dañinos para el espíritu, pensó, mucho menos dañinos que el trato con las personas. Recordó una ocasión en que, mientras avanzaba por un desfiladero, se desprendió un peñasco de arenisca; cayó en su dirección y le rozó la mano, para luego rebotar varias veces, destrozando todos los árboles que encontró a su paso y llegando a aniquilar a un pequeño ualabí. Aquellas letales rocas, a pesar de su perversidad, le habían insuflado vigor. Había seguido avanzando con el aire fresco de la vida en los pulmones. Pero las palabras, incluso las que denotaban bondad y apoyo, las que caían lejos, lo dejaban casi exánime.

—Tenemos que ir allí algún día, Belle —dijo Tom Radclyffe, que ya había pedido la mano de la deseable novia—. Me refiero a Moreton Bay.

Aunque viajar no le interesaba especialmente, las ventajas de perderse en algún lugar remoto con su futura esposa no le pasaban desapercibidas.

—Por supuesto, Tom —convino Belle distraída y plácidamente, con una pelusilla rubia asomando sobre su labio superior.

Estos dos jóvenes tenían la costumbre de mirarse el uno al otro como si buscaran la entrada a algún rincón aún más íntimo de la mente. Belle todavía era bastante inmadura y excitable. Su tez era del color de la miel, y tenía un cuello bastante grueso. Estos rasgos, junto con su excelente constitución, los heredarían sus descendientes, para cuya producción Belle Bonner había sido específicamente diseñada.

—Voss, acabará usted despertando en todos la fiebre de la exploración —bromeó el señor Bonner, el hombre que resolvía cualquier tensión, que tomaba a la gente del brazo—. Ahora venga conmigo —dijo— mientras las damas se preparan para la cena.

Así que tienen un negocio entre manos, pensó Laura Trevelyan. Mi tío es demasiado bueno. Y bostezó. El alemán era bastante antipático, aunque parecía un hombre interesante. Su espalda fuerte, más bien fibrosa, empezó a eclipsar su desaliño. Como ya no podía escudriñar su rostro, se limitó a recordarlo, y tuvo que admitir que habría deseado sumergirse en aquellos peculiares ojos pálidos más de lo que se había permitido a sí misma en un principio.

Sin embargo, los dos hombres se habían marchado. Con decisión y parsimonia. Habían entrado en una habitación más pequeña que en ocasiones llamaban el «Estudio del señor Bonner» y en la que, efectivamente, había un escritorio, vacío salvo por unos pocos regalos inútiles de la señora Bonner y varias piezas de plata labrada, colocadas de modo equidistante sobre el cuero estampado, de color rojo intenso. Los diccionarios, los almanaques, los libros de sermones y de etiqueta y las obras completas de Shakespeare, que despedían un fuerte olor a humedad, salpicaban la apacible penumbra con discretos colores. Todo lo que había en la habitación estaba dispuesto para el estudio, salvo el propietario, aunque bien es cierto que a veces, después del copioso asado de los domingos, se dedicaba a reflexionar, con los ojos entornados, sobre las perspectivas de su negocio o, si el reuma lo molestaba, hojeaba las facturas o las páginas del libro mayor que el señor Palethorpe le había llevado desde la ciudad. El estudio había florecido junto con la ambición de la señora Bonner. Su aspecto inmaculado era una constante fuente de orgullo, aunque asustaba a algunas personas, y el propio comerciante se sentía más cómodo en el refugio sagrado que tenía en su almacén.

—Ahora podremos hablar —sugirió el señor Bonner, y pensó en añadir: «En privado».

El comerciante tenía cierta tendencia a la conspiración, algo que lleva a los adultos a convertirse en francmasones y a los niños a escribir sus nombres con sangre. Además, en compañía del andrajoso alemán, empezó a disfrutar del poder que ostenta el mecenas sobre su protegido. Adinerado según los estándares coloniales, el comerciante había amasado su fortuna gracias a su negocio de compraventa de linos irlandeses, muselinas suizas, damascos, alemaniscos, franelas, tapetes verdes y sargas de la India. Se empleó pan de oro de la mejor calidad para celebrar el nombre

de EDMUND BONNER — COMERCIANTE DE TEJIDOS INGLÉS, y las damas que bajaban en calesas y berlinas por George Street, esposas de oficiales y ganaderos, siempre saludaban respetuosamente al caballero en cuestión. Según contaba, en varias ocasiones incluso había tenido el privilegio de asesorar a lady G***, que había sido tan amable de aceptar un mantel y varios juegos de sábanas de lino.

Por todo ello, Edmund Bonner podía permitirse el lujo de sentarse con las piernas extendidas en el formidable estudio de su casa de piedra.

—¿Está usted seguro de que está preparado para emprender una expedición de este calibre? —se atrevió a preguntar.

—Naturalmente —respondió el alemán.

Tenía vocación, de eso no había duda. Y tampoco había duda de que su protector no podría comprenderlo.

—Si me lo permite... ¿es usted consciente de lo que puede significar?

—Si comparáramos lo que significa para usted y para mí, señor Bonner —dijo el alemán, contemplando cada palabra como si se tratara de un guijarro de perfección mística—, es posible que llegáramos a conclusiones distintas.

El grueso comerciante rio desde el otro lado del escritorio rojo. Le complacía haber comprado algo que no comprendía del todo. Así se adquiere la elegancia, que siempre acaba adornando al comprador como si de una hermosa piel se tratara; él la da por sentado y los demás la admiran. El señor Bonner anhelaba sentir la envidia de los demás. Sus aletas nasales se dilataron de placer.

—Hay algo que me impulsa a adentrarme en este país —continuó Voss, ajeno a todo aquello.

—Eso está muy bien —dijo el comerciante, poniéndose aún más cómodo—. Se trata de entusiasmo, supongo, y está muy bien que usted lo sienta. Yo, por mi parte, puedo encargarme de un buen número de detalles prácticos. De las provisiones, hasta cierto punto. El capitán del *Osprey* lo llevará hasta Newcastle, siempre y cuando esté usted dispuesto a embarcar en la fecha prevista para zarpar. Sanderson estará en Rhine Towers para guiarlo, y Boyle en Jildra, que será su último puesto avanzado, tal y como hemos acordado. Estos caballeros se han ofrecido generosamente a proporcionarle vacas y Boyle, además, me ha asegurado

que contribuirá con ovejas, así como con un número considerable de cabras. Buscar al equipo científico le corresponde a usted, Voss. ¿Ha reclutado ya a los hombres adecuados para acompañarlo en esta gran empresa?

El alemán se humedeció la parte inferior del bigote. Aquello podría haber sido una señal de que sufría de indigestión, pero su desprecio por aquel hombre resultaba evidente.

—Estaré preparado —dijo—. He tomado las medidas necesarias. Ya cuento con cuatro hombres.

—¿Quiénes? —preguntó el hombre que, junto con otros osados ciudadanos, sufragaría los gastos del viaje.

—No los conoce —dijo Voss.

—Pero ¿quiénes son? —insistió el comerciante; su vanidad no le permitía admitir que pudiera haber alguien a quien él no conociera.

Voss se encogió de hombros. No sentía ningún tipo de interés por los demás hombres. En las cortas expediciones que había realizado hasta entonces, solo lo habían acompañado el sonido del silencio, el roce del cuero y los resoplidos de su solitaria montura.

—Uno se llama Robarts —comenzó, aunque era innecesario—. Es un muchacho inglés. Nos conocimos en el barco. Es un buen chico, bastante simple.

Pero superfluo.

—Luego está Le Mesurier —dijo—. También hemos viajado juntos. Frank tiene grandes cualidades, aunque siempre se está buscando la ruina.

—¿Qué prometedor! —rio Edmund Bonner.

—Y Palfreyman. Seguro que le gusta Palfreyman, señor Bonner. Es un hombre excepcional. Es el ornitólogo. De sólidos principios. Y cristiano.

—Sí, creo... —dijo Bonner, con cierto alivio—, creo que mi amigo Pringle lo conoce. Sí, he oído hablar de él.

—Y Turner.

—¿Quién es Turner?

—Bueno... —dijo Voss—. Turner es un bracero. Me ha pedido que lo lleve conmigo.

—¿Y está usted seguro de que es el hombre adecuado?

—No tengo la más mínima duda de que puedo liderar una expedición a través de este continente —replicó Voss.

Entonces, como si del saliente de una roca se tratara, proyectó su cuerpo hacia el comerciante, que, ahora más que nunca, se preguntó con quién se había asociado.

Aunque, en cierto sentido, aquello le agradaba, estaba en su naturaleza obrar con cautela.

—Sanderson está pensando en recomendarle a dos hombres —dijo.

Ahora le tocó a Voss ser cauteloso. Varios individuos anónimos lo vigilaban, agazapados tras los árboles del jardín, así como en las esquinas de la lujosa habitación. Sospechaba de sus rostros inexpresivos. Desconfiaba de todo lo que le era ajeno, y solo se sentía realmente feliz en el silencio verdaderamente inconmensurable, como la distancia y las capacidades de uno mismo. No confiaba en absoluto en aquellos a los que había elegido para complacer a su protector, pero al menos se trataba de hombres débiles; todos menos uno, que convenientemente había sometido su fuerza en favor de la abnegación.

—Preferiría evitar las diferencias de opinión que sin duda derivarían de un grupo numeroso.

—Estará usted fuera un año, dos, quién sabe; en cualquier caso, mucho tiempo. Durante ese periodo agradecerá contar con opiniones diversas. Las grandes distancias ponen a prueba la fuerza física. Es posible que algunos de sus hombres se alboroten; otros, no olvidemos el factor de la melancolía, pueden verse tentados a abandonar. ¿Entiende mi punto de vista? Es el mismo que el del señor Sanderson. Está convencido de que sus hombres serán de gran valor para la expedición.

—¿Quiénes son? —preguntó el opaco alemán.

El comerciante tomó inmediatamente su indiferencia por sumisión. La expresión del rostro del alemán se había despejado cuando Bonner se inclinó hacia delante para proseguir su discurso, orgulloso de su superioridad.

—Primero está el joven Angus. Le gustará Angus. Es el propietario de una próspera hacienda, cerca de Rhine Towers. Un joven muy entusiasta (incluso impetuoso, diría yo, si no fuera tan agradable); hace unos años

viajó a Downs buscando fortuna y habría avanzado más hacia el oeste si las circunstancias de aquel momento no se lo hubieran impedido. Luego —continuó Edmund Bonner, con los ojos fijos en su abrecartas de marfil; su esposa lo había colocado sobre su escritorio en algún cumpleaños, pero él nunca lo había usado—, está Judd. No lo conozco personalmente, pero el señor Sanderson asegura que es un hombre de gran fuerza física e integridad moral. Y que sabe improvisar, algo que es crucial en una tierra en la que uno no siempre tiene a mano lo que necesita. Por lo que yo sé, Judd ha demostrado tener unas dotes de adaptación admirables. Vino aquí en contra de su voluntad. En otras palabras, era un convicto. Ahora es libre, naturalmente. Según tengo entendido, las circunstancias que motivaron su deportación fueron bastante ridículas.

—Siempre lo son —lo interrumpió Voss.

El comerciante intuyó que el alemán se había visto en una situación similar. Guardó silencio.

—La mayoría de nosotros ha matado a alguien —dijo Voss—, pero ¿no sería ridículo, señor Bonner, que, por ese asesinato, fuera usted trasladado a Nueva Gales del Sur?

El señor Bonner, que no sabía muy bien cómo reaccionar, optó por no entrar en terreno peligroso y réirle la broma. Empezó a dar golpecitos con el elegante aunque macizo abrecartas sobre un pedazo de tela que había desplegado sobre el cuero perfumado de su escritorio.

—Señor Voss, espero que no me considere impertinente si le pregunto si ha estudiado usted el mapa.

De hecho, allí mismo había una especie de mapa: la mitad estaba en blanco; la otra mitad, basada en conjeturas.

—¿El mapa? —preguntó Voss.

Sin duda, acababa de despertarse de un sueño inmenso. Hasta el comerciante intuyó su vastedad mientras señalaba la costa con la punta de marfil.

—¿El mapa? —repitió el alemán—. Primero tendré que dibujarlo.

A veces su arrogancia se transformaba en sencillez y en sinceridad, aunque a menudo resultaba difícil distinguir cuándo era el caso, sobre todo para los desconocidos.

—Siempre es bueno ser optimista —dijo, riendo, el comerciante.

Sus honestas carnes se agitaron y, ya bastante borracho, empezó a leer el documento, casi a cantarlo, invocando los primeros nombres que se habían registrado, los diminutos puntos que señalaban los asentamientos humanos, la leyenda de los ríos.

El señor Bonner leyó las palabras, pero Voss vio los ríos. Siguió sus cursos apresurados. Fluían como cristal frío o se secaban en pequeñas grutas amarillentas, rebosantes de espuma verdosa.

—Ya ve usted cuántas cosas hay que tener en cuenta —dijo el comerciante, que ya había recuperado la compostura—. Y *¡tempus fugit, tempus fugit!* ¡Vaya! Que me aspen si no es ya la hora de comer, cosa que ilustra de un modo excelente justamente lo que estaba tratando de explicarle.

A continuación le dio una palmadita en la rodilla a su extraño, aunque bastante agradable —pues le resultaba halagador—, protegido. Sí, *halagador*, esa era la palabra. Edmund Bonner, que en otros tiempos había sido un muchacho hambriento e inútil, se sentía halagado por un hombre que también parecía pasar hambre.

En aquel momento, el eco del bronce retumbó por toda la casa de piedra, pues Jack Slipper había entrado por el patio para golpear el enorme gong con sus fibrosos y fornidos brazos desnudos, mientras Rose Portion iba de acá para allá con platos y sin ellos, ignorando todo cuanto no tuviese que ver con lo que estaba haciendo.

—Supongo que estará usted muerto de hambre —comentó el señor Bonner, confiando en que así fuera.

—¿Disculpe? —preguntó Voss, tal vez para evitar tener que tomar una decisión.

—Quiero decir —dijo el comerciante, haciendo hincapié en sus palabras— que probablemente agradezca usted un buen almuerzo.

—No vengo preparado —respondió el alemán, que volvía a sentirse incómodo.

—Pero ¡qué hay que preparar para deleitarse con un buen plato de ternera y un delicioso postre! —dijo el comerciante, levantándose—. Señora Bonner —exclamó—, nuestro amigo se quedará a comer.

—Me lo imaginaba —dijo la señora Bonner—; de hecho, ya le había pedido a Rose que pusiera un cubierto más.

Los hombres habían salido al encuentro de la señora Bonner y se habían topado de pronto con el resto de los comensales, que se habían congregado en aquel frío vestíbulo, desplazando el peso de un pie al otro sobre el suelo de piedra amarilla. La piedra fría se tragaba la risa de los jóvenes y la conversación que estaban manteniendo por el mero placer de hablar. A veces, Tom y Belle se enzarzaban durante horas en esa especie de toma y daca. Por su parte, los Palethorpe ya habían llegado. El señor P., como lo llamaba la señora Bonner, era la mano derecha de su esposo y, por consiguiente, su presencia resultaba indispensable los domingos, sobre todo porque ostentaba el cargo de bufón oficial. El señor P. era calvo y tenía un bigote que recordaba de alguna manera a un par de pajaritos muertos. Su esposa, que había ejercido como institutriz en el pasado, era una persona de lo más discreta, cualidad que ponía de manifiesto tanto en la elección de sus chales como en la actitud que mostraba en los hogares de las familias acaudaladas. Los P. permanecían en un modesto segundo plano, aunque se sentían como en casa, maestros como eran en el excelso arte de la discreción.

—Gracias, pero no voy a quedarme —dijo Voss, ahora enfadado.

Qué hombre tan maleducado, pensó la señora Bonner.

Extranjeros, pensaron los P.

Alguien a quien, al fin y al cabo, le soy completamente indiferente, pensó Laura Trevelyan. No ha venido por mi causa, de eso no hay duda. Pero ¿acaso hay quien haga algo por mí?, se vio obligada a añadir.

En ocasiones, la risa y la conversación de los demás empujaban a la joven al límite de la autocompasión; aun así, nunca había pedido a nadie que la rescatara de su aislamiento, y ahora sentía que debía evitar a toda costa la mirada del señor Voss.

—¿No va a quedarse? —bramó el anfitrión, como si ya tuviera la boca llena de patata.

—Señor Voss, si esa es su intención —dijo la señora Bonner—, sufriremos una gran decepción.

—¡Te ha salido un pareado horrible! —rio Belle, besando a su madre en el cuello.

La muchacha tenía cierta tendencia a ignorar a las visitas cuando su familia estaba presente.

—¡Más carne para el señor P! —exclamó el teniente Radclyffe, que resultaba irritante incluso cuando trataba de ser gracioso.

—¿Por qué para el señor P.? —protestó discretamente la esposa del caballero, aunque soltó una risita tonta para complacer a sus patronos—. ¿Acaso es un león?

Todos rieron. Hasta el señor P. enseñó los dientes por debajo de sus pájaros muertos. Era uno de esos hombres que se adaptan a cualquier situación.

Todo aquello hizo que casi se olvidaran de Voss.

—Tengo otro compromiso —dijo, aunque en realidad no estimaba necesario justificarse ante unas personas que parecían tener tan poco interés en su justificación.

Los olores que se filtraban a través de las puertas de madera de cedro impacientaron a los comensales, que apenas podían soportar ya las gélidas losas amarillas que tenían bajo sus pies.

—En ese caso, si el señor Voss ya tiene planes... —dijo la señora Bonner, acudiendo en auxilio del hombre que no estaba familiarizado con los vericuetos de las convenciones sociales.

—¡Qué lástima, amigo Voss! —dijo con cierta brusquedad el teniente, que de buena gana habría abandonado al superfluo visitante para abalanzarse con su espada en alto sobre el solomillo y saborear sus jugos rosados. Pero el dueño de la casa seguía sintiendo el peso de sus obligaciones y se vio obligado a ofrecerle a Voss un consejo imperioso antes de que partiera:

—Es esencial que sigamos en contacto, Voss. A diario. Aún quedan muchas cosas que decidir. Venga a verme a mi oficina a cualquier hora de la mañana. O de la tarde, lo mismo da. Lo importante es que sigamos en contacto.

—Naturalmente —replicó el alemán.

Y por fin se marchó, dejando atrás la risa y la conversación de las damas, que ya estaban entrando en el comedor y hablaban del sermón y de capotas mientras los caballeros les acercaban las sillas con gesto mecánico. Por muy altas que hubieran sido sus expectativas, ahora el alemán iba hollando con sus pesadas botas la grava del jardín, entristecido. La indiferencia de las voces de una habitación, incluso si estas no

se distinguen con claridad, constituye una crítica en sí misma. Así que el extranjero aceleró, volviéndose más torpe y delgado a cada paso.

Era un hombre burdo; para algunos, incluso desagradable.

A lo largo de todo el camino de arena percibió con claridad ese desagrado. En aquellas ocasiones era víctima de su propio cuerpo, al que los demás lo obligaban a regresar. Caminaba con furia. No era cojo, aunque habría podido parecerlo. En aquel lado del Point había varias casas similares a la de los Bonner, desde las que, seguramente, varios ojos humanos estarían vigilandolo a través de las rendijas de los postigos. Las barricadas de laureles lo cegaban con espejos insolentes. Enraizados en aquella tierra arenosa, en la maleza rezagada que una vez lo había invadido todo, los laureles habían tomado posesión de la calle. Fortalecidas por su predominio, las casas de los ricos desafiaban al intruso, ya se tratara de un hombre inseguro o de un decrepito árbol autóctono.

Voss dobló la esquina y se alejó del barrio. A menudo, el viento cargado de arena lo hacía sentirse libre. Una ráfaga procedente del océano, tal vez incluso de una tranquila bahía con olor a lechuga de mar, le agitó la barba mientras bajaba la colina. Una vieja lo miró a través de la ventana de una cabaña de madera, en la que vendían carne de cerdo marinada, manzanas arrugadas y regaliz. Pero Voss no miró. Aquí y allá había más cabañas o tiendas, y una taberna; había unos caballos atados a la puerta. Pero Voss no miró. Seguía los surcos del camino, apartando con rabia las moscas que el viento no parecía disuadir. Su barba se agitó. Era vigoroso, y al aire libre saltaba a la vista que era un hombre fuerte; pero parecía cargar con alguna humillación y, mientras caminaba a aquel ritmo desenfrenado, de vez en cuando echaba un vistazo ansioso a los árboles que quedaban a su derecha, aunque, aparentemente, no buscaba nada en especial. La bahía destellaba a través de la maleza que bordeaba el camino hacia la ciudad. Las aguas, que brillaban febriles como la esclerótica de algunos ojos, no se calmaban; al menos en aquellas circunstancias, y bajo aquella luz.

El extranjero siguió avanzando hasta llegar a la ciudad, dejó atrás la catedral y los cuarteles militares y se adentró en los Jardines Botánicos para sentarse bajo un oscuro árbol, con la esperanza de perderse en su mundo de desiertos y sueños. Pero se sentía inquieto. Empezó a rasparse

las manos con ramitas, un rastrojo y las piedras de su humillación. Tenía el rostro consumido. Un tipo viejo y de pelo cano, tocado con una alta y andrajosa chistera de fustán, se le acercó masticando con parsimonia una pequeña rebanada de pan rancio, y le ofreció un pedazo.

—Tenga —le dijo el viejo, mientras masticaba con fruición—. Zám-pese esto y verá cómo se siente mejor.

—Pero ya he comido —dijo el alemán, volviendo hacia el hombre su mirada perdida—. Acabo de comer.

Y el hombre de la chistera se marchó, dejando tras de sí un reguero de miguitas para los pájaros.

Entonces, el alemán, que seguía bajo el árbol, se sintió abatido por la mortificación a la que se estaba sometiendo a sí mismo. Pero se trataba de una forma de autodisciplina para las grandes pruebas y desafíos que aquella tierra, que lo había poseído por completo, le reservaba. La gente que no entendía nada caminaba por los senderos de tierra comiendo pan o se sentaba en su casa de frágiles cimientos de piedra frente a un plato de carne, mientras el raquíico extranjero, debajo de su árbol retorcido, se familiarizaba con cada brizna de hierba agostada que veía, e incluso con las articulaciones del cuerpo de las hormigas.

Puesto que ya sé tantas cosas, debo llegar a saber todo lo demás, se dijo; después se tumbó y se quedó dormido, respirando profundamente el aire sofocante de aquel nuevo país que se le estaba empezando a revelar.

—Y, bien, ¿qué opináis de él? —preguntó el señor Bonner, limpiándose la grasa de la boca con una fina servilleta.

—Hoy he podido confirmar lo que ya sospeché durante nuestro encuentro de hace unos meses —dijo el teniente Radclyffe—. Está loco. Pero es un loco inofensivo.

—Oh, Tom. Esa es una afirmación muy dura —dijo la señora Bonner, que se sentía proclive a la amabilidad—. E infundada; al menos, de momento.

Pero, a Tom, Voss lo traía sin cuidado. Aquel individuo no podía ayudarlo a prosperar en su carrera.

—¿De verdad te propones enviar a ese individuo en una expedición a través de este horrible país? —le preguntó la señora Bonner a su marido—. Está tan delgado. —Y luego añadió—: Y ya está perdido.

—¿Qué quieres decir con que está *perdido*, mamá? —preguntó Belle, tomando a su madre de la mano para poder sentir el tacto de sus anillos.

—Bueno, pues eso —dijo la señora Bonner—. Que está perdido. Esos ojos no saben hacia dónde van.

Ella misma estaba tratando de entender lo que ya sabía por instinto.

Pero Rose Portion acababa de entrar con una tarta de manzana enorme, algo que a muchos de los presentes les pareció más interesante que el alemán.

—No te preocupes —dijo el comerciante mientras observaba cómo su mujer cortaba las humeantes manzanas verdes del pastel—. Lo acompañarán varios hombres que saben abrirse camino en cualquier parte.

—Por supuesto —dijo la señora Bonner, que adoraba el hojaldre tostado, especialmente cuando desprendía cierto aroma a clavo—. En realidad, no hemos tenido tiempo de llegar a conocer debidamente al señor Voss.

—Laura sí —dijo Belle—. Dinos, Lolly. ¿Cómo es?

—No lo sé —dijo Laura Trevelyan.

No conozco a Laura, se dijo la señora Bonner.

Los Palethorpe carraspearon y se pusieron a ordenar las copas de las que habían bebido, siempre agradecidos. Entonces, el silencio se cernió sobre los restos de hojaldre y se quedó allí suspendido. Hasta que Laura Trevelyan dijo:

—No ha venido aquí a hacer fortuna, como otros hombres. El dinero no le interesa.

—Esos otros hombres son humanos —dijo su tío—, y este es el país del futuro. ¿Quién no aprovecharía la oportunidad de hacerse rico cuando esta se presenta? —añadió bruscamente—. Este país... —continuó, en tono de protesta, con la boca llena.

—¡Ah, este país! —suspiró su esposa, recordando otros países; de pronto, pensó que si seguía comiendo así echaría a perder su figura.

—Está obsesionado con este país —dijo Laura Trevelyan—. Lo he visto claro desde el principio.

—Está un poco loco —insistió el teniente, sin mucho entusiasmo.

—Pero no tiene miedo —dijo Laura.

—¿Y quién lo tiene? —preguntó Tom Radclyffe.

—Todos, o la mayoría de nosotros, tenemos miedo de este país, aunque no lo digamos. Todavía no lo entendemos bien.

El teniente, que pensaba que no había nada que entender, resopló.

—A mí no me gustaría viajar al interior —admitió Belle— y encontrarme con un montón de negros, desiertos, rocas y esqueletos, según cuentan, de hombres que han muerto allí.

—Pero Laura, al igual que el demente de Herr Voss, no tiene miedo. ¿Me equivoco? —preguntó el teniente Radclyffe.

—Lo he tenido —dijo Laura Trevelyan—. Y pasará algún tiempo, imagino, antes de que pueda comprender algo tan ajeno e incomprensible. Aunque hace mucho que vivo aquí, este no es mi país.

Tom Radclyffe se rio.

—Tampoco el de ese alemán.

—Él no lo siente así —respondió la joven.

—¿Qué quieres decir?

Laura estaba temblando. No supo contestar.

Esto no es propio de Laura, pensó la tía Emmy.

—Estamos hablando de nuestra Colonia como si no hubiera existido hasta ahora —se vio obligado a recordarles el señor Bonner—. O como si ahora hubiera empezado a existir como algo completamente distinto. No entiendo esta conversación. No somos niños. Basta únicamente con que analicemos los progresos que hemos hecho. Pensad en nuestros hogares y en nuestros edificios públicos. Pensad en la dedicación de nuestros administradores y en los logros de los hombres que se han establecido aquí. Sin ir más lejos, mirad, en esta misma habitación, los restos de la comida que acabamos de disfrutar. No sé de qué hay que tener miedo.

—No te preocupes, Laura —dijo la tía Emmy—. ¿Te sigue doliendo la cabeza, querida?

—¿La cabeza? —preguntó Laura.

Todos la miraron inquisitivamente. La expresión de algunos incluso insinuaba que estaba hecha de la misma pasta que el alemán.

—¡Ah! La cabeza —recordó—. Sí. No, ya estoy mejor, creo.

Sin embargo, en cuanto todos se levantaron de la mesa, fue directa a su habitación.